

---

## EL FARAMALLA INTERMITENTE.



Núm.º II.º

---

*Robo virtuoso.*

**E**ntre los papeles curiosos que un amigo tenía sobre la mesa de su despacho leí la portada de uno que decía: *Memoria de la prision y muerte de Don Raymundo José de Souza, de nacion portugues, capitán en el estado mayor del general Gazan, fusilado en el Retiro en 5 de abril de 1813 por espia del gobierno español, escrita por F. J. G. capellan del ilustre ayuntamiento de esta villa y de su carcel.* Apenas estuve enterado, dixé á mi coletó: brabo artículo para rellenar dos ó tres números de mi periódico. Me asaltó la tentacion, consentí, y á un volver de cabeza dí con el papel en la talega de los comunicados, acelerando mi despedida por no ser cogido con el hurto en las manos. Ahora que sale al público en letras de molde será de ver á su dueño patalear, echar espumarajo, y maldecir mi amistad. No es el caso para menos, teniéndola reservada para cosas mayores. Pero ríase ó rabie nada me importa: primero es la patria que los amigos. Si pierdo éste, su papel me gana otros muchos que darán gracias, y afloxarán la mosca que es quanto un periódista puede desear. La patria pide se haga público el heroísmo de los que sacrifican su vida por salvarla, y en el capitán Souza se presenta un qua-

B

dro del verdadero patriotismo pintado con sangre para confusion de los patriotas de papel, patriotas del barullo, patriotas de la farándula y patriotas de *mate moros quien quisiere*. Españoles admirad un héroe digno de los distinguidos honores debidos á los Daoizes y Velardes.

“El capitán D. Raymundo José Souza de nacion portugues ocupa el mas distinguido lugar entre los muchos héroes patriotas que he acompañado hasta el suplicio (dixera mejor hasta el altar) sacrificados por la inhumanidad francesa. Ya he visto muchas veces ; me estremezco! regados con la sangre de los inocentes los campos del Buen-retiro (aunque mi corazon sensible nunca pudo habituarse, la memoria de que este era mi destino fatal, y que mi poca elocuencia les haria menos terrible aquel amargo lanze, me conducian con una fuerza irresistible á la carcel para regar sus cadenas con abundantes lágrimas); pero jamás vieron mis ojos una imágen que tan al vivo me hiciese ver la gracia de Dios en un justo, y el patriotismo español en un extranjero, compitiéndose con admiracion mia. Las tiernas sensaciones que produjo en mi corazon el sacrificio de esta última victima, ó la separacion de este amigo (de cuyo nombre se gloriaba, y me decía con gra-cejo: V. es mi último amigo, y el mas digno de mí. Yo lo soy de V.) me obligan á tomar la pluma para referir su muerte circunstanciada, grabar eternamente su memoria en mi corazon, y hacer ver al gobierno y á la nacion toda que el capitán Souza perdió la vida porque amó á los españoles.

El domingo 4 de abril á las siete de la mañana fuí llamado á la carcel de villa para confesar á un preso antes de decir la misa, y despues de vencida la dificultad que me presentaban los gendarmes fran-

ceses, que bien armados guardaban la puerta del encierro, donde estaba el preso, privado de comunicacion, con un rigor extraordinario, ví por la primera vez al capitan Souza. Luego que quedamos solos me dixo estas palabras, que aun resueñan en mi oido. Padre ¿es V. buen español? Creo que sí, pues de lo contrario no le hubieran á V. traído para tratar con quien lo es. Sí señor, soy español como V. desea, continuó diciendo; porque aunque nací en Portugal, mi educacion, mi amor, mi esposa, mis amados hijos, puesto todo en balanza, me hacen olvidar mi nativo suelo, y llamarme individuo de éste heroico pueblo, á cuyas glorias he querido concurrir con mi sangre y mi vida. Ésta voy á perder dentro de pocas horas, y quiero como cristiano reconciliarme con mi Dios por medio de la confesion. El entusiasmo con que lo dixo, y la finura de la expresion me causaron bastante sorpresa, y desde luego me persuadí que iba á tratar con un hombre extraordinario. Despues de oírle brevísimamente en confesion, porque los inexòrables gendarmes no daban lugar á mas, me exigió, baxo palabra de honor y de sacerdote, que no le habia de desamparar hasta despues de su muerte, y que del mejor modo posible asistiese al consejo de guerra. Se efectuó éste á las diez de la mañana del mismo dia: le intimaron la sentencia, y le pusieron en capilla. Se determinó para ésta la sala de visitas como mas decente. Acudí al momento segun mi palabra, y le encontré escribiendo: me miró con ojos interesantes, dió un suspiro y continuó: yo me retiré. A muy corto rato me llamó y dixo: Padre estamos en el campo de batalla: V. es mi gefe, le obedeceré; pero V. no ha de salir del lintel de esta puerta, ni separarse de mí hasta que me envíe á Dios.

Muy bien, le dije; pero á mí nada se me debe de ocultar: ¿que escribia V. quando entré? He pedido, respondió, al general Gazan me conceda morir antes de amanecer para que el pueblo no me vea. Eso no será así: la nacion española llorará la muerte de tan digno vasallo, y éste debe dexarse ver de los madrileños que ya le aman; mas V. tiene un derecho á estas horas de vida de que voluntariamente quiere privarse: ¿quién sabe si ese poco de tiempo le hará á V. falta para su salvacion? Se convenció y escribió al general pidiendo la hora de todos. Quiero dixo, contar á V. antes mi historia para que forme juicio de mi conducta, y luego me confesaré sacramentalmente.

»Como aquí solo trato de referir lo perteneciente á su muerte, y motivos que la causaron, omito los trabajos, las aflicciones, los ardides discretísimos de que se valió para introducirse en el estado mayor de Gazan, y las veces que estuvo su vida en un peligro de que solo pudo salvarle la providencia, su valor y su gran talento; siendo la mayor prueba de éste que un comerciante portugues burlase la sagacidad francesa, y les hiciese creer que era un capitán de navío que fastidiado de su nacion y mal gobierno, queria alistarse en las banderas del rey José Napoleón. Omito, pues, todo esto, ya por no ser del asunto que me propongo, como por tener mucho enlace con sucesos pertenecientes al sacramento de la penitencia.

»Tenia, dixo, un negocio pendiente sobre unas mulas con el general Gazan: me presenté el dia 30 de marzo para concluirlo á las diez de la mañana, y el general fingió estar ocupado, mandando volviere á la una y media. Me hizo impresion que fixase hora para asunto de tan poca importancia, y po-

dia públicamente hablarse; pero mas quando á la puerta de la casa, para salir á la calle, ví al secretario que venia en mi seguimiento, y dixo: Capitan el general espera á V. á las doce y media sin falta. Esto me cercioró que iba á ser arrestado, y las pocas horas que mediaban las empleó mi valor ó mi imprudencia en luchar contra las reflexiones juiciosas. Si, me decia yo á mí mismo, esa muger pérfida, cuyo patriotismo tanto me encañecieron, ha descubierto algo ó el todo de mis planes... pero me obstinaré en negar, y no teniendo un testimonio auténtico que me condene, mi sagacidad y mi talento me librarán de este peligro, como lo han hecho de otros mayores. Me determiné á presentarme, y entonces (¡ó Dios, por qué medios tan extraordinarios humillas á los hombres!) Yo me impuse la sentencia de muerte: pude huir y no lo hice.

Entré en casa del general, y en la primera sala veo dos gendarmes que fixan en mí su vista como basiliscos, me dexan pasar; y al momento conozco mi yerro, pero era ya tarde. Exámino los balcones para arrojar me, y veo que son vistas á un jardin de la misma casa. Vuelvo para tomar la pueita á todo lance, y me salen los gendarmes al frente diciendole: Señor capitan, no podeis ya marchar: el general lo manda. Voy á negocios interesantes del real servicio por orden del mismo, les dixe; y su respuesta fué sacar las espadas para impedir mi fuga, que procuraba con violencia: salió un capitan, y me pidió el sable para entrar á ver al general que me esperaba.

Las palabras con que éste me recibió fueron de la mayor amabilidad: ¿Con que V. señor Souza, no está contento con el servicio del rey? Paga V. muy mal la confianza que de V. ha hecho el exér-

cito del emperador de los franceses. Todos hacíamos mucha estimacion de un hombre de mérito...; no lo hubiera creido! Ni lo crea V. E.: yo no soy capaz de faltar á un juramento (es de advertir que jamás juré su servicio, ni fidelidad baxo ninguna forma, porque yo era un verdadero intruso en su ejército, fingidas todas las firmas, títulos y demás papeles que me acompañaban), y soy tan fiel hoy como el primer día que entré al servicio del rey. No nos cansemos: amigo tiene V. dos caminos, el de la vida y el de la muerte: éste se sigue á una obstinada negacion, y aquel por franquearse á mí como á un padre. Todo lo sé, y en prueba de ello oiga V. y me refirió toda la historia de mi espionage y servicios hechos á los españoles, con tales señas y tan puntuales datos que solo yo pudiera ponerlos enmienda ó la pérfida Paula Puerta (esta muger me presentaron en Toledo algunos buenos patriotas, por si me podia ser útil en mis expediciones. Ví los documentos que la acreditaban, y pareciéndome suficientes no dudé descubrirla mis servicios menudamente, para servirme de ella en su continuacion) me hizo mil instancias cariñosas, cuya verdad no podia ocultárseme; pero me obstiné en morir antes que confesar. ¿Pues cómo, le interrumpí, con viveza, si V. conocia la verdad de sus promesas, deseo saber por qué no se valió del favor? Porque conocí que el beneficio de la vida se me vendía á un precio muy caro, y que sus miras eran obligarme con la fuerza del agradecimiento, para que le fuera útil á sus ideas ulteriores que exigiria de mí no solo el conocimiento de mis cómplices, que suponía á muchos y muy pudientes, sino que revelase los secretos del gobierno español, pues me consideraba un hombre que habia merecido sus con-

fianzas. En fin no pudo sacarme una palabra de lo que queria, y con un gesto que manifestaba su enfado, y su resentimiento, me mandó poner arrestado ¡Que exemplo tan digno de imitacion para los españoles! Este es el verdadero amigo que da su vida por salvar la de su amigos.

*Se continuará.*

Madrid imprenta de Alvarez 1813.

*Se hallará en las librerías de Minutria, calle de Toledo, y en la de Hurtado, calle de las Carretas.*